NOTA INTRODUCTORIA

David González Ginocchio
Profesor de la Universidad Internacional de La Rioja

El presente libro recoge las lecciones de «Introducción a la filosofía» impartidas por Leonardo Polo a los alumnos del primer curso de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra durante el año académico 1990-1991. Como explica el propio autor en la introducción, las lecciones fueron grabadas y transcritas por la Dra. María José Franquet, y leídas por algunos colegas y colaboradores del Prof. Polo: los Dres. Ricardo Yepes, Salvador Piá, Fernando Múgica y Ángel Luis González. De acuerdo con las referencias de este último, la primera transcripción del texto, que incluía circunloquios, expresiones coloquiales, repeticiones y una multitud de derivaciones y desviaciones de temas, fue corregida detenidamente por el propio Polo, que sistematizó el texto y lo disminuyó aproximadamente a la mitad.

Polo había impartido ya antes asignaturas del primer curso de la licenciatura en Filosofía y Letras (que entonces era común a todos los alumnos de las distintas especialidades), pero no la de *Introducción a la Filosofía*.

Sobre las claves del contenido de la obra, aquí sólo dejaré constancia de algunos puntos. En primer lugar, el recurso a la historia de la filosofía, que Polo veía como la principal herramienta del saber filosófico, sin dejar de lado tampoco el desarrollo del conocimiento científico. Este tratamiento de la complementariedad de filosofía y ciencia hace de este libro un primer ensayo sobre la integración del conocimiento para lograr una visión holística y, sobre todo con sentido antropológico, del saber. Polo concibe la historia como el campo de trabajo de la filosofía, pero esto no significa que los demás conocimientos y las formas de sabiduría alcanzadas por el hombre no deban ser igualmente contemplados. Una filosofía propia de nuestra

«altura histórica» debe referir a ambas, sin anquilosarse en el manual pero tampoco sin pretender abandonar el saber adquirido por esfuerzos previos. La ciencia no es un saber menor o despreciable; por el contrario, es una forma real de sabiduría humana, y precisamente por ello debe haber filosofía sobre ella. Así, piensa Polo, «es preciso abordar el problema de la calidez humana de las ciencias mediante una actividad filosófica que las conecte o coordine. Por eso, los pensadores más capaces y más necesitados de interdisciplinariedad son los filósofos, los cuales no deben creer que la filosofía está entera en los manuales que han leído. Hay que ampliar el área de intereses porque, si no, la ciencia se *deslogifica* en sentido profundo; una ciencia aislada no tiene *logos*, pues su inclusión, su inserción en el ser humano, que es su autor, es imposible. Más aún, la ciencia aislada pretende dictaminar sobre el hombre y, como son muchas e inconexas, su hegemonía descoyunta al ser humano, lo desintegra. La ciencia no puede dominar a su autor»[1].

De algún modo, esta visión universal del saber –y, sin embargo, no sistemática o cerrada– sigue la tradición de la *paideia* clásica, expresada por los grandes autores del humanismo, y Aristóteles entre ellos (tal como puede constatarse, por ejemplo, en la lectura del libro a de la *Metafísica*).

Precisamente, y en segundo lugar, una nota característica de esta obra es la referencia a Aristóteles y otros grandes autores. No es casual, en efecto, que Aristóteles articule de algún modo el libro entero, como marca divisoria de la filosofía anterior y posterior. El propio Polo escribirá en el «Prólogo» al volumen I de su *Curso de teoría del conocimiento* que su propuesta filosófica en realidad «es la continuación obvia del estudio del conocimiento en el punto en que Aristóteles lo dejó. Esto es lo que he intentado aclarar en los últimos años». Estas palabras se refieren a la convicción poliana de que su filosofía no es propiamente una serie de doctrinas absolutamente novedosas, sino que es posible arraigarlas en una cuidadosa lectura de los clásicos y en las inspiradoras novedades aportadas por los filósofos modernos. En ese sentido, la lectura de Aristóteles cumple, para Polo, el papel fundamental de servir de hilo conductor de la problemática filosófica. Esta es una muestra más de que la filosofía no puede prescindir de su historia. Pero no sólo eso: Polo piensa que Aristóteles ocupa un papel central; aunque se trate de expresiones propias del tono de lo dicho en medio de una clase, hay a lo largo del libro afirmaciones bastante ex-

[1] Leonardo Polo, «La investigación como fundamento de la enseñanza», en F. J. Navarro (ed.), *Facultad de Filosofía y Letras.* 50 *años*», Eunsa, Pamplona, 2006, p. 36.

presivas en esta línea, por ejemplo: «repito, el Estagirita es el obligado punto de referencia: si se ha avanzado, ha sido desde él, o sobre él, no fuera de él: los que lo han olvidado se han enredado en aporías que Aristóteles resolvió»[2].

Como la lectura de su obra deja ver, Polo conoce bien a Aristóteles, así como a sus comentadores clásicos (neoplatónicos, árabes, latinos) y a los académicos modernos (alrededor de la época en que exponía el curso, Polo dirigió precisamente la tesis doctoral de uno de sus discípulos, Ricardo Yepes, sobre la noción de *acto* en Aristóteles y las distintas interpretaciones que ha recibido[3]).

Ahora bien: el conocimiento de Aristóteles y la discusión de sentidos del acto va más allá del interés filológico en asentar propiamente la doctrina del Estagirita. Polo concibe la filosofía como un saber principial: de principios, por principios. El estudio de la historia de la filosofía busca conectar con la inspiración de los clásicos en esta búsqueda de principios: no se trata de repetir, sino de ir a más, siguiendo la mirada de quien ha logrado ya ver antes. «La lectura que hace Polo de Aristóteles está regida por el intento de descubrir la *dirección atencional heurística* del Estagirita. Más allá de la complejidad de los textos aristotélicos, este criterio centra su interés en el *rumbo de la atención* que constituye el nervio director de su andadura»[4].

El estudio de Aristóteles se encamina precisamente en esa dirección: atender a Aristóteles como fuente o raíz de una sabiduría de los principios. La atención a la noción de acto, por ello, no es casual, sino que se concentra precisamente en la inspiración que, piensa Polo, Aristóteles aporta a la filosofía. Esa inspiración no es final, pero sí fundamental. La noción de acto es encarada en lo que tiene de prinicipial. Para Polo, «acto» es una noción central en filosofía. Según afirma en la lección segunda del primer volumen del *Curso de teoría del conocimiento*, Polo sugiere que la metafísica entera podría comparecer al estudiar la noción de acto. Buena parte del interés en Aristóteles se concentra por ello, precisamente, en la distinción *enérgeia-entelécheia*. Aquí, piensa Polo, se concentra la inspiración principal de Aristóteles en filosofía. Los límites del aristotelismo podrían delinearse en torno a estas nociones.

[2] Cfr. *infra* lección 6, *in finem*.

[3] Cfr. Ricardo Yepes Stork, *La doctrina del acto en Aristóteles*, Eunsa, Pamplona, 1993.

[4] Héctor Esquer, *El límite del pensamiento. La propuesta metódica de Leonardo Polo*, Eunsa, Pamplona, 2000, pp. 91s.

De este modo, leer y continuar a Aristóteles, y en general a los clásicos, frente a la ciencia moderna, es una manera de participar en una tarea común. La filosofía no es sólo estudio, sino también diálogo y participación. Un último aspecto que podría resaltarse del libro es ésta concepción vital y participativa de la filosofía: la filosofía como una auténtica *forma de vida*. Si la filosofía pretende ser efectivamente *sabiduría*, entiende Polo, no puede asimilarse al ejercicio de cualquier otra ciencia, sino que ella misma debe sobrepasar lo puramente académico y alcanzar la vida: el mundo de las convicciones, del diálogo y de la acción humana. «La filosofía que hay que hacer hoy ha de estar basada en la convicción de que filosofar es imprescindible, es decir, que la filosofía no es solamente una profesión con la que ganarse la vida. ¿Pero cómo se puede vivificar la filosofía? En diálogo. […] Filosofar no es convertirse en un ratón de biblioteca. Desde luego hay que irse «enterando». Pero una cosa es enterarse y otra entender. La filosofía ejercida es la filosofía que crece en virtud de una comunicación con gente no sólo enterada, sino dispuesta a entender, es decir, a no usar solamente una tópica»[5].

La condición para no encallar en los tópicos es quizá la capacidad de seguir siempre la inspiración principal. Acaso por ello Polo centra su atención en las primeras lecciones, y de manera sumamente detallada, en el tema de la *admiración*. La admiración es de esta forma el inicio y la 'garantía' de la filosofía. En ella se asienta la filosofía, y desde ella se mantiene la unidad, incluso en (y no «a pesar de») el desarrollo de las ciencias y filosofías segundas.

* * *

Polo rechazó siempre escribir una historia de la filosofía, aunque de sus amplios intereses y lecturas tengamos constancia en estudios sobre autores de todas las épocas. Tampoco concebía su trabajo como un «sistema» filosófico, en el sentido de un *corpus* acabado: la «sistematización» más acabada de Polo quizá se encuentre sólo en sus exposiciones sobre la globalidad de su método (las cuatro dimensiones del abandono del límite mental) y en su antropología trascendental, que ciertamente tiene trazas sistemáticas.

En este libro, aunque de un interés primariamente divulgativo, nos encontramos en cambio con una suerte de acercamiento a una visión sistemática de la his-

[5] Leonardo Polo, «La investigación como fundamento de la enseñanza», p. 37.

toria de la filosofía, sus grandes métodos y temas. Evidentemente, muchos puntos quedan aquí sólo esbozados o sugeridos. Pero la dirección parece clara: una comprensión global de la filosofía podría avanzar por el estudio de sus grandes autores y los temas que ellos tuvieron por centrales. En la época de los «metarrelatos» y su fin, esta clase de estudio heurístico podría ser distinto: la historia de la filosofía no como una hermenéutica central monolítica (la historia de el poder, el saber, la voluntad o la producción), sino como el estudio de las grandes inspiraciones de los grandes autores de cara a los problemas actuales del hombre.